

«¿Qué te ha traído aquí? ¿Qué es lo que te liga a esta experiencia?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

1. Experiencia de lo humano

de Luigi Giussani*

Después de tanta convivencia con Jesús, después del desastre del Calvario y del misterio de la Pascua, los apóstoles aún habían comprendido muy poco de Él. De hecho, todavía le preguntan que cuándo iba a establecer el reino de Israel, tal y como lo entendían todos entonces, un reino de supremacía terrena y política; ¡y faltaban pocas horas para su ascensión a los cielos!

«Los que se habían reunido le preguntaron: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?”»¹.

Si aún no le habían entendido, ¿por qué le seguían? Y había entre ellos personas que habían dejado mujer, hijos, casa, barcas y redes, oficios, negocios. ¿Por qué le seguían?

Porque Cristo se había convertido en su centro afectivo.

¿Cómo era posible esto?

Cristo era el *único* en cuyas palabras se sentía comprendida toda su experiencia y sus necesidades tomadas en serio y clarificadas cuando estaban inconscientes y confusas; por ejemplo, precisamente aquellos que creían no tener más necesidad que el pan comenzaban a entender que «no solo de pan vive el hombre».

Cristo se les presenta precisamente así, como Alguien que viene sorprendentemente a su encuentro, que les ayuda, les explica sus problemas, les cura aunque estén lisiados o ciegos, que hace bien al alma, responde a sus exigencias, está dentro de su experiencia... Pero, ¿cuáles son sus experiencias? Sus experiencias y sus necesidades son ellos mismos, aquellos hombres concretos, su humanidad misma.

Cristo llega, pues, justamente ahí, a mi condición humana, de alguien que por tanto espera algo, porque siente que le falta todo; se pone a mi lado, se presenta como respuesta a mi necesidad fundamental. »

¹ Hch 1,6.

* De la obra *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 27-30.

» Para encontrar a Cristo debemos, pues, ante todo plantear seriamente nuestro problema humano.

Lo primero de todo es abrirnos a nosotros mismos, es decir, darnos cuenta vivamente de nuestras experiencias, mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros. Debemos tomar en consideración lo que verdaderamente somos. Considerar significa tomar en serio lo que sentimos, todo; descubrir todos sus aspectos, buscar todo su significado.

Hay que estar muy atentos porque demasiado fácilmente no partimos de nuestra verdadera experiencia, plena y auténtica. En efecto, a menudo identificamos la experiencia con impresiones parciales, reduciéndola así a una caricatura, como sucede frecuentemente en el campo afectivo, en los enamoramientos o en los sueños sobre el porvenir.

Y, más a menudo todavía, confundimos la experiencia con los prejuicios o con los esquemas quizá inconscientemente asimilados del ambiente. De ahí que en vez de abrirnos en esa actitud de espera, de atención sincera, de dependencia, que la experiencia sugiere y exige profundamente, nosotros imponemos a la experiencia categorías y explicaciones que la bloquean y angustian, dando por supuesto que la comprendemos. El mito del «progreso científico que resolverá un día todas nuestras necesidades» es la fórmula moderna de esta presunción, una presunción salvaje y repugnante: ni siquiera considera nuestras auténticas necesidades, ni siquiera sabe en qué consisten; se niega a observar la experiencia con ojos claros, y a aceptar lo humano con todas sus exigencias. Por eso la civilización de nuestros días hace que nos movamos ciegamente entre esta presunción exasperada y la más oscura desesperación.